

Lectura del primer capítulo: EL LEGADO DE JUDAS

El timbre del teléfono despertó a Andreas Fortuny de una siesta demasiado breve. De haber conocido las consecuencias de aquella llamada aparentemente rutinaria, jamás lo habría descolgado.

Desde que había regresado del sur de la India, donde había guiado a un grupo de ingenieros agrónomos, el abatimiento y el alcohol habían llenado sus jornadas a partes iguales. No se hallaba en el mejor momento de su vida. Finiquitada la relación con Elena, su única vía de escape –los viajes– se desvanecía con el fin del verano. Y también sus ingresos.

Con la crisis, los tours en temporada baja habían desaparecido prácticamente del mapa, por lo que hasta la campaña de Navidad no contaba con nuevas salidas.

Andreas esperó desde el sofá a que el teléfono dejara de sonar; le dolía demasiado la cabeza como para mantener una conversación cabal. Antes de entregarse al sueño, había tenido la precaución de apagar su teléfono móvil, pero había olvidado desconectar el fijo. Utilizaba la línea sólo para Internet, aunque había un par de personas que aún le llamaban a ese número.

Cuando el teléfono sonó por sexta vez, se dijo que quien estuviera al otro lado desistiría en breve. Sin embargo, el timbre siguió atronando en el salón.

A la décima llamada se incorporó y fue hacia el aparato con creciente preocupación. Alguien estaba empeñado en contactar con él, aunque después de casi un minuto sin contestar lo lógico era suponer que no se hallaba en casa. Una de dos: o ese alguien sabía que él estaba allí, o lo que tenía que decirle era tan apremiante que merecía la pena insistir por si acaso.

Con el teléfono ya en la mano, Andreas esperó una noticia fatal sobre la salud de su madre, que llevaba un mes hospitalizada. Por eso cuando oyó al otro lado la voz de Muñoz, su jefe, respiró aliviado. Como mucho le reprendería porque alguno de los ingenieros agrónomos había regresado con malaria.

–¿Por qué demonios no tienes contestador? –le preguntó airado.

–No suele llamarme nadie por el fijo. Y no me había dado cuenta de que tengo el móvil apagado –mintió para disculparse.

–Da igual. Lo importante es que te encuentre a tiempo –dijo Muñoz con su habitual tono estresado–. Ha salido un tour de última hora. Si no lo asumes tú, le diré al cliente que se busque la vida. No me atrevo a pedir a otro guía que salga de viaje mañana.

–¿Mañana?

Andreas no daba crédito a lo que estaba oyendo. Que el propietario de una agencia de viajes contara con él de un día para otro significaba que lo tenía por un bala perdida, alguien incapaz de vivir decentemente en Barcelona. Y lo peor de todo era que podía ser cierto.

–A las 12:35 sale el avión –le comunicó Muñoz, impaciente–. Tampoco tendrás que madrugar. ¿Qué me dices?

Mientras hacía frente a un mareo provocado por la resaca, echó un vistazo al comedor destartalado y se dijo que no sería mala idea enrolarse en un último tour antes del parón otoñal.

–Todo lo que no sea volver a la India me interesa –respondió–. No me veo durmiendo otro mes a cuarenta grados dentro de una mosquitera.

–No temas –le tranquilizó su jefe–. Es bastante más cerca, y además irás de lujo. El cliente es de alto estánding.

–¿Has dicho el cliente?

–Sí, es una sola persona. Necesita un guía para viajar a Israel. En principio será sólo una semana.

Aquello era lo más absurdo que había oído Andreas desde sus inicios en la agencia. Había hecho de guía individual en algún trekking por Nepal, donde era necesario conocer los senderos, pero le parecía extraño acompañar a alguien a un país como Israel. En un ataque de honestidad declaró:

–Creo que tu cliente se va a llevar una decepción conmigo. No he estado nunca en Israel ni tengo tiempo de prepararme la ruta de un día para a otro.

–No te preocupes, la mujer a la que acompañarás es especialista en cultura hebrea. No necesita ningún discursito de libro. Sólo tienes que llevarla donde ella te pida.

–Entonces aún lo entiendo menos. ¿Para qué diablos necesita un guía alguien que ya sabe adónde quiere ir y no necesita que le expliquen nada? ¿No puede ir solita?

–No puede –repuso Muñoz secamente.

–¿Por qué no puede?

–Es ciega.

Andreas se quedó unos segundos sin saber qué decir. Ciertamente aquella iba a ser una misión inusual.

–Cuenta conmigo –concluyó–, pero ¿no te parece extraño que una ciega quiera hacer turismo? ¿Qué espera ver? ¿O es que sólo quiere tocar el Muro de las Lamentaciones?

Como toda respuesta, al otro lado oyó cómo su jefe tecleaba nervioso. Supuso que estaba confir-

mando la reserva de los billetes de avión. Cuando terminó la operación, respondió:

–Vamos, alégrate. Este viaje está chupado.